

Ni racismos ni xenofobias¹

Fernando Ortiz

Señores Amigos del País:

Un año más en la vida de esta corporación centenaria, y un año más de afirmaciones concordantes con los ideales que encendieron su llama en el siglo XVIII. ¡Luz, más luz!, hogaño como en los días antañeros, cuando se confiaba en la cultura y se ansiaban sus hálitos para disipar las sombras milenarias de los privilegios y las servidumbres, de las intolerancias y los inhumanos despotismos.

La Sociedad Económica de Amigos del País sigue inspirada como el patriciado cubano que la creara bajo la égida de un gobernante español esclarecido; y en la medida escasa de sus fuerzas, las únicas que le restan tras una larga vida de incesadas fecundidades, prosigue su sacra vigilia, cuidando el fuego del ideal que fulguró siempre en este casalicio, aun en tiempos de huracanadas pasiones. Aquí se oyeron en 1793 los balbuceos de la patria, cuando la civilización a que pertenecemos se desgarraba en cruentos alumbramientos de libertades para una era de más justicia humana; aquí se organizaron las primeras escuelas públicas y gratuitas que el Estado debe a sus ciudadanos, y aquí se estudiaron los problemas económicos y sociales de Cuba, proyectando hacia ellos toda la luz del siglo, para someter las riquezas naturales de nuestro patrio suelo al bienestar de sus hijos. Y siempre file credo de esta corporación que sólo habrían de lograrse las

¹ Discurso en la sesión solemne del 9 de enero de 1929, conmemoración del 136º aniversario de la fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País. Tomado de *Revista Bimestre Cubana*, vol. XXIV, no. 1, La Habana, enero-febrero de 1929:6-19.

bienandanzas de la patria por el hermanamiento de la cultura de los cubanos y su capacitación en todos los sectores de la actividad social, con las orientaciones económicas más científicas, que propendieran al adueñamiento del gran acervo natural que nos diera el destino, mediante el trabajo y las virtudes de nosotros mismos.

La historia nos muestra cómo los egoísmos se resistieron, apartando siempre las realidades de la idealidad; pero ella misma nos enseña cómo aquéllos han llegado a ser vencidos siempre en sus intolerables incivildades, a medida que la cultura cubana ha ido templando caracteres e inteligencias para dominarlos y rendirlos.

Hoy, como ayer, nos muerde la medusa de los absolutismos, que quiere envolvernos a todos con sus tentáculos succionadores de las fuerzas vitales de la Nación, en beneficio exclusivo de minorías que han ido estructurando sistemas de sustentación parasitaria y que aspiran a su cosificación permanente, con amenaza de peligros próximos y de muy honda trascendencia para la patria. Y hoy como ayer, ante el ara donde arde aún el fuego que llameó en el pasado, renovamos los votos de nuestra fe en el credo de la cultura que nos dio patria soberana, ideales de libertad y un programa revolucionario de varonía nacional, todavía incumplido.

¡Cultura, cultura y cultura! Sin ella la patria no podrá erguirse de esta puericia en que yace, ni podrán sus hijos, privados de posibilidades para expansionar sus conciencias y enlazar libremente sus energías, asumir la plenitud de las responsabilidades públicas y darse los destinos que les dicte la soberanía democrática de la Nación, que sus padres soñaron y por la que quisieron morir.

No otros pensamientos han sido los que quiso interpretar el Presidente de la Sociedad Económica, cuando llevado a Europa por exigencias de salud y sosiego, fue comisionado por la misma corporación habanera para que entregara a la hermana matritense una modesta joya de fraterna estima, que reavivara afectos y estímulos de cooperación, languidecientes si no mortecinos. Y siendo ésta la primera sesión que celebramos después de su regreso, y tanta la resonancia que la benevolencia hispana dio a sus palabras breves y desnudas, no parece impropio que el Presidente os dé ahora cuenta del sentido espiritual de su mensaje y de los ecos que despertara.

Después de una jornada de íntimas congojas y de emociones encontradas e inolvidables, por la difícil situación que a los cubanos en España nos deparaba, en la imposibilidad de un silencio asentiente, la inverosímil incompreensión que, según la prensa oficiosa madrileña, mostraba tener el Jefe del Gobierno español de la personalidad de Martí y de su nimbo ideológico; ya por fortuna aquietado el ánimo ante una expresa rectificación de los infortunados conceptos puestos erróneamente en boca del Sr. Marqués de Estella,² que nos fue mostrada con noble orgullo por nuestro preclaro

² El Presidente de la Sociedad Económica se refiere en esas palabras a una entrevista del Sr. Marqués de Estella con un periodista de *El Noticiero* de Madrid (19 de noviembre de 1928), en la cual se atribuyeron al actual jefe del gobierno español estas frases desgraciadas: «Esto es un proyecto que encuentro muy razonable, muy ponderado y perfectamente justificado. No así otras ideas que se han querido sembrar alrededor de esta tan discreta, a virtud de la cual los que todo lo exageran han pretendido que se erigiera en España una estatua a Martí, ciertamente hombre de excelsas cualidades y héroe de la independencia de su patria, pero que nada más que la exageración y el deseo de sacar las cosas de quicio justificarla el que sea precisamente en España donde se le haya de rendir el homenaje de perpetuar su memoria en mármoles y bronces».

El significado de esas frases, después de lo que en Cuba acababa de ocurrir con motivo de un proyectado monumento al «soldado español desconocido», era inexplicable y realmente grave e impresionó justamente al Presidente de la Sociedad Económica habanera. Esas frases no podían menos de herir profundamente el sentimiento cubano del Dr. Fernando Ortiz, y de cuantos compatriotas conscientes se encontraban en España. El Presidente de la Sociedad Económica habanera decidió declinar el honor de ser recibido al día siguiente por la Sociedad Económica

embajador, el Sr. Mario García Kohly, acudimos a la recepción con que se nos honraba en el vetusto palacio de los Lujanes, donde la Sociedad Económica matritense tiene su hogar.³ Excusamos referir la gentileza con que allí fuimos recibidos y obsequiados por razón del cargo con que vosotros nos honrasteis. Ya la prensa os lo dijo en su día, e insistir en ella parecería vanagloria pecaminosa más que inspiración de una incesada gratitud. Pero resta decirnos cuáles fueron nuestras palabras, las que allí dijimos en nombre de esta viejecita pulida y soñadora y de su noble abolengo de ideas. Así dijimos:

«Por conocerme a mí mismo y saber cuánto perturban la normal expresión de mis palabras las emociones hondamente sentidas, he querido prevenirme escribiendo en breves líneas algunos conceptos que os reflejen el

matritense; pero el Sr. Embajador de Cuba le informó en altas horas de la noche del día 19, que esas frases eran supuestas y le mostró una rectificación oficial que se hizo pública en la prensa matutina.

El diario gubernamental *La Nación* desmintió al día siguiente esos conceptos erróneos de *El Noticiero*, negando su certeza, y de esa corrección se hicieron eco los demás diarios, disipándose así un nubarrón negrísimo y preñado de tormenta.

Esta explicación que el Presidente Dr. F. Ortiz dio en su discurso a la Sociedad Económica era necesaria por haberle informado a esta corporación su Presidente de lo ocurrido en Madrid, en su día y por cable. [N. de la Ed. original].

³ La recepción ceremonial en la Sociedad Económica matritense para la investidura como Socio de Mérito, tuvo lugar el día 20 de noviembre de 1928, bajo la presidencia del Sr. Embajador de Cuba, por solicitud de su Presidente el Excmo. Sr. D. A. Molina, Senador vitalicio, y con asistencia y adhesión de los ilustres miembros de su consejo, figuras respetables y significadas de la cátedra, del foro y de la aristocracia española, amén de otras no menos significadas, como los Excmos. Sr. Nuncio Apostólico de S.S., Sr. Embajador de México y Sres. Ministros de Uruguay, Salvador, Panamá, Presidentes de la Asociación de la Prensa, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Vizconde de Eza, Sánchez Toca, Francos Rodríguez, Bauer; Pérez de Ayala, Marqués de Villa Urrutia, Pedro Sainz Rodríguez, Mariano Benlliure, Elías Tormo, Catalina, S. Moret, M. S. Pichardo, Gral. Ayala, D. Mir, Marqués de la Fuensanta de Palma, Martínez Piñeiro, Estévez, Zurano, Delgado Barreto, Prieto y Pazos, Tabernillas, etc.

En este acto solemne y con motivo de la investidura y condecoración, usaron de la palabra el Sr. Presidente de la Sociedad Económica matritense, su Secretario, el Sr. D. A. Prieto y Pazos; el Vocal, Sr. J. Moret; el Sr. Maceda, Teniente Alcalde de Madrid en representación de la Villa y Corte, el homenajead, y, por fin, el Sr. Embajador de Cuba, con su vibrante y característica elocuencia; con gran bondad para la persona del Dr. Ortiz y entusiasmos por Cuba, sus glorias y su porvenir [N. de la edición referida].

espíritu con que se acerca a vosotros la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana.

«Ha pocos años que esa centenaria Sociedad Económica de Amigos del País, cuya presidencia desempeño para grande honor mío, creyó prudente reanudar con las corporaciones hermanas de España, las relaciones espirituales, sino rotas, al menos relajadas al fenecer el siglo pasado, cuando el cruento advenimiento de la Nación cubana y su constitución en libre república de América. Para esa misión renovadora de seculares afectos fue designado por la Sociedad habanera el “amigo del país” Sr. Juan G. Pumariega, español de interrégimas virtudes y amoroso de Cuba, que en pleno siglo XX encarna la hidalguía tradicional de su linaje. La misión de nuestro Pumariega reanudó históricos enlaces con varias sociedades económicas españolas, y vosotros, en esta corporación matritense, tuvisteis para él tan afectuosa acogida y lo colmasteis de tan finas y cordialísimas atenciones, que la Económica habanera se siente tan orgullosa como llena de gratitudes. Por esto, cuando pedí licencia en Junta para ausentarme y venir a España, fue simultáneamente acordado que se me comisionara para entregaros una placa de bronce, que en la humildad de su valor intrínseco fuera prenda de confraternidad espiritual para aseguramiento de colaboraciones futuras en las tareas culturales que son propias de nuestros institutos.

«La Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana cree que no han cesado aún los nobilísimos motivos de su fundación; estima que aun hoy, como en el siglo XVIII que tanto luchó por libertades y “luces”, cuando a sugestión del “iluminado” Ministro Campomanes, hubo de crearse las Sociedades Económicas por S. M. D. Carlos III, los problemas vitales de la

nación cubana consisten en el adueñamiento de todas las fuerzas económicas del país mediante su estudio, disciplina y ordenación en forma que sean aprovechadas para robustecer la personalidad social de Cuba y la prosperidad de su pueblo, y en el incremento de la instrucción en todos sus aspectos, así en la popular, apresurando los ya grandes progresos realizados en este campo por la República, como en la enseñanza superior, formando una aristocracia intelectual que inspire el pensamiento cubano, apartándolo de los peligros de la ignorancia y de otros más graves, que son los de la cultura falsa y presuntuosa.

«La Económica habanera fue la cuna donde palpitó primero la nación cubana. Creada en 1793 por el venerable Capitán General D. Luis de las Casas, a iniciativa del patriciado cubano, pronto vino a ser el cerebro de Cuba. La confianza del gobierno le permitió una actuación gloriosa; creó las primeras escuelas públicas y rigió durante muchos lustros la instrucción en Cuba, implantando los métodos más recomendados de su época; creó y gobernó durante un siglo la Casa de Beneficencia y Maternidad; inauguró la Casa de Dementes; fundó el primer periódico de Cuba; editó y sostuvo la primera revista enciclopédica en La Habana, la *Revista Bimestre Cubana*, que en sus mocedades fue por Ticknor⁴ reputada como la mejor en lengua castellana; creó en la Universidad cátedras de Economía Política y escuelas de Química y de Botánica, iniciando así en Cuba los estudios de ciencia positiva; también fundó escuelas de Náutica y de Obstetricia, y la Escuela de Pintura y Escultura de San Alejandro; abrió hace un siglo la primera biblioteca pública de Cuba que conservamos en función; formó una

⁴ Se refiere al hispanista norteamericano George Ticknor (1791-1871), autor de una *Historia de la literatura española*.

comisión permanente de Literatura, a modo de Academia, que la política obtusa hizo fracasar; recogió los materiales para la historia patria mediante monografías locales, búsqueda en los archivos cubanos y misiones investigadoras en los fondos de los de España, y, en fin, en sus *Memorias* fueron estudiados con hondura y en todas sus facetas los problemas y necesidades de la esclavitud negra, de la inmigración blanca, del azúcar, del tabaco, del café, del cacao, de la maquinaria, del industrialismo... Digamos, para concluir, que a ella debiose la fundación del entonces primer ferrocarril de los dominios españoles. A lo largo del siglo XIX, las exigencias de una política conmovida y atormentada sofrenaron la actividad pública de la Económica habanera, y tuvo que concentrar todo su celo en la administración y fomento de los ingentes caudales con que la dotaron varias personalidades beneméritas para sostenimiento de escuelas y ejecución de mandas pías. Consignemos que entre los benefactores testamentarios, conjuntamente con los cubanos, se encuentran algunos españoles, tales como el asturiano Sr. D. Francisco del Hoyo y Junco, el farmacéutico gallego Dr. D. Salvador Zapata y la vascongada señorita doña María Bilac. Añadamos para mayor encomio de ésta, que jamás estuvo en Cuba y que su noble donación póstuma debiose al amor que siempre tuvo a una dama cubana, fallecida, quien la amparó en graves contingencias de su vida.

«Hoy la Económica habanera continúa su labor histórica con remozadas energías. Colabora por ministerio de la ley en varios órganos consultivos y administrativos del Gobierno de la República, como la Junta Nacional de Sanidad y Beneficencia, la Junta de la Universidad, el Despacho de Marcas y Patentes comerciales, la Escuela Superior de Comercio, la Junta Provincial de

Agricultura, la Comisión Nacional de Estadística y Reformas Sociales, etc., y da su opinión meditada cuando se agitan temas de profundo interés público.

«Pero, aún hoy, su actividad mayor está en la propaganda de la cultura, así en los ocho colegios de índole varia, que sostiene con fondos que sobrepasan el millón de pesos, como con la publicación de la *Revista Bimestre Cubana*, fundada ha casi un siglo, en la que se tratan los problemas y anhelos del país.

«Pero no creyendo eso suficiente, inició la creación de un órgano de inquietudes espirituales, llamado a traer a la clase media cubana las vibraciones del pensamiento moderno. Tal es la hoy próspera Institución Hispanocubana de Cultura, con unos 3 000 socios contribuyentes, en la cual colaboran españoles y cubanos, y se dan conferencias y cursos por profesores de nacionalidades distintas, siendo notable la concurrencia de los conferenciantes hispánicos, que nos llevan sus valores propios y exclusivos, nos estudian los comunes a España y Cuba, y nos traducen los de carácter universal.

«En esa obra de cultura, en su más amplia acepción, cobijados por una profunda tolerancia recíproca, sin exclusivismos de política, de confesión, de escuela, ni de raza, participan cubanos y españoles, y aun ciudadanos de otro origen, por el incremento de la cultura y de la fraternidad humana. La Económica habanera, en cuya entraña se engendraron por el espíritu de los tiempos casi todas las entidades culturales de Cuba, considera que la Hispanocubana debe ser una de las más trascendentes por su acción en el pensamiento popular nacional, sembrando en él las curiosidades y los anhelos de la cultura contemporánea, mediante el idioma cubano, que no por

ser cubano deja de ser español.

«Por todo cuanto fue y es hoy día la Sociedad Económica de Amigos del País, viene ella a vosotros con los brazos abiertos en busca de un abrazo más, de gratitud por atenciones exquisitas recibidas y de fraterno anudamiento de vínculos que asegure colaboraciones constantes en el seno de la cultura hispánica, que nos es común y nos une en un mismo orgullo.

«Esto os digo con mi título de Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, que es para mí el galardón más preciado. Por mi cuenta, yo os diré que he de conservaros agradecimiento imperecedero desde el fondo de mi ánimo. ¡Gracias a todos!, y en especial al preclaro Presidente de esta corporación centenaria y a su ínclito Secretario, al dignísimo Teniente Alcalde del Ayuntamiento de Madrid y al ilustre “amigo del país” Dr. Moret, por las frases generosas con que me han honrado. A todos, ¡gracias! Y nada más debo deciros. Permitid que encierre en esa palabra breve toda la esencia y la hondura de mi más íntima emoción».

Fueron acogidos con beneplácito esos conceptos, pero trascendieron al comentario general y público al ser expuestos con más amplitud, aun cuando contenidos en párrafos breves, con motivo de un inolvidable banquete con que fuimos honrados por la más selecta y heterogénea representación de la intelectualidad militante de la España contemporánea.⁵

⁵ Este acto celebrese en el restaurante Lhardy, de Madrid, la noche del 17 de noviembre de 1928, por iniciativa de los directores de la Compañía Iberoamericana de Publicidad, presidida por el banquero Sr. D. Ignacio Bauer y con asistencia personal y adhesión de numerosas y connotadas personalidades de la intelectualidad que bulle en Madrid, además de los Sres. Embajadores de Argentina, Cuba, México y Portugal, Ministros de Uruguay y Panamá. Entre aquéllas se contaban Menéndez Pidal, Gómez Baquero, Eugenio de Ors, Valle Inclán, Concha Espina, L. Zulueta, Álvarez Quintero, G. Marañón, P. Baroja, A. Ballesteros, P. Sainz Rodríguez, Ramón Pérez de Ayala,

No han sido recogidos literalmente esos párrafos por la prensa cubana, y estimo prudente repetirlos sin cambiarles un tilde. Helos aquí:

«Hay conceptos muy llevados y traídos, a veces hasta la vulgaridad, que perjudican la buena, íntima y fecunda relación espiritual entre todos los pueblos hispánicos. Tales son:

«Los conceptos políticos, así internos como internacionales, que suelen, consciente e inconscientemente, implicarse en las propagandas hispánicas. Los pueblos que hablamos castellano tenemos constituciones escritas y tradicionales muy distintas, intereses internacionales muy complejos y posiciones políticas permanentes o transitorias muy diversas, y, en ocasiones, hasta antitéticas. Olvidarlo es un error tan grave como frecuente.

«Dañan también los “utopismos” de los idealistas, que por fuerza de su ensoñación o por afán de estridencia, desearían arrastrar las corrientes hispanistas por torrenteras y despeñaderos a remansos y mares que sólo son espejismos.

«Perturban lo mismo las, más alardeadas que ciertas, aspiraciones hegemónicas de un pueblo o grupo sobre otro, que aun cuando limitadas a lo espiritual, hieren la susceptibilidad patriótica, santamente exacerbada, de las naciones de América, para las cuales la hiperestesia de su patriotismo es a veces necesaria, obligadas como están a una continua vela de armas contra toda fuerza que sea o aparezca como debilitadora de su integridad espiritual.

Jiménez de Asúa, L. Araquistain, Q. Saldana, García Herrero, María de Maeztu, Fidelino Figueiredo, Chacón y Calvo, R. de la Serna, A. Hernández Catá, I. Méndez, M. S. Pichardo, A. Tenreiro, Alberto Insua, A. Ghirardo, Marqués de Valdeiglesias, Mansilla, Sangróniz, Blanco - Fombona, Casares *Gil*, Fabra Rivas; Bernis, Estalella, varios directores de periódicos, corresponsales y muchos intelectuales más hasta un centenar [N. de la edición referida].

«Las ideas “religiosas” o “antirreligiosas”, por desventura, se han entretejido a menudo con los conceptos de pura sustancia hispánica. El mundo hispánico comprende confesiones muy distintas y posturas filosóficas individuales muy acentuadas, todas muy respetables y armonizables en un concepto supremo de cultura hispánica. Toda restricción en este sentido ha llevado a veces fatalmente a considerar el hispanismo como el encubrimiento de un proselitismo confesional, con las serias e inevitables repercusiones reactivas que no es difícil imaginar, en detrimento del acervo hispánico.

«Las ideas “racistas” son, al igual, contraproducentes. El concepto de raza, que es el más sobado y de mayor ingenuidad aparente, es también, sin duda, muy perjudicial. Ante todo, porque es falso. No hay una raza hispánica, ni siquiera española. Y menos en América, donde conviven las razas más disímiles, con tal intensidad numérica que en no pocas repúblicas no es la que pudiera decirse raza hispánica la predominante. El racismo hispánico es tan nocivo en nuestros países de América como puede serlo el “racismo negro” o el “racismo indio” y aun el “nórdico” o anglosajón, que también agitan algunos en aquellas tierras.

«El racismo divide y es disociador, no sólo desde un punto de vista universal, que ahora no interesa tanto, sino también desde una mira estrictamente nacional, allá donde, como en nuestras repúblicas, la nacionalidad necesita robustecerse por la creciente integración patriótica de todos sus complejísimos factores raciales.

«Pero entonces, preguntaráis: ¿Cómo se podrá significar el arca de ese positivo acervo de esencias espirituales que a todos los hispánicos nos

corresponde en común? Fácilmente. Pensemos en que lo realmente nuestro, lo que nos pertenece troncalmente a todos, es “una misma cultura”, aunque de matices variados, y en que lo único que puede vincularnos unos a otros en el porvenir para nobles y puras actividades no es sino “la cultura” en su sentido más comprensivo y supremo, sin las coloraciones parciales de tal o cual política, religión, escuela o raza.

«Claro está que la voz “raza” ha sido adoptada a falta de otra absolutamente precisa para significar esa comunidad espiritual que nos une y agrupa, a veces aun en contra de nuestra premeditada voluntad, a todos los que hablamos el más bello de los lenguajes; pero ¿es que no hay otra mejor, sin vernos obligados a crear y dar acepciones sociográficas equívocas a palabras que deben ser de pura etnografía? ¿No es preferible el vocablo “cultura”?

«La raza es concepto estático; la cultura, lo es dinámico. La raza es un hecho; la cultura es, además, una fuerza. La raza es fría; la cultura es cálida. Por la raza sólo pueden animarse los sentimientos; por la cultura los sentimientos y las ideas. La raza hispánica es una ficción, generosa, si se quiere; pero la cultura hispánica es una realidad positiva, que no puede ser negada ni suprimida en la fluencia de la vida universal. La cultura une a todos; la raza sólo a los elegidos o a los malditos. De una cultura puede salirse para entrar en una cultura mejor, por autosuperación de la cultura nativa o por expatriación espiritual y alejamiento de ella. De su raza propia nadie puede arrepentirse; ni aun puede con su encomio propagarla, porque al extraño nunca le será dado adquirirla ni aun en la sangre de sus hijos.

«En Cuba, por ejemplo, está vigente una ley que impide la formación de

partidos con propagandas racistas, porque se estima que el racismo nos llevaría a una desintegración suicida. Y si la ley impide un racismo negro, ¿podemos a la vez permitirnos otro racismo cualquiera, por superior que lo creamos? Situaciones parecidas se dan en otros países de allende, donde la idea de raza tiene significaciones demográficas, políticas, históricas y hasta económicas, que son insospechadas en España. Y no es posible ignorar esas realidades ultratlánticas, so pena de errores gravísimos, de irreparables trascendencias.

«Ningún negro, ningún indio, ningún chino, ningún sajón, ningún italiano, pongamos por casos, podrá nunca sentirse atraído por un criterio étnico hispánico, entre otros motivos, porque la raza es algo congénito que no puede perderse, así como en las playas de mi tierra cubana abandonan sus conchas los macaos. ¿Imagináis algo más risible que un negro diciéndose a sí mismo “de raza española”? ¿No es claro que un hispanismo a base “de raza” ha de tener la indiferencia o la enemiga de todos aquéllos que no sean hispánicos ya, por su nacimiento? En cambio, cualquiera puede incorporarse a una cultura que no sea la nativa, y el ser más etiópico o mongoloide puede llegar a sentirse y proclamarse orgulloso como de hispánica cultura, cualquiera que sea su tez. Una cultura puede atraer; una raza, no.

«Y con esto ya puede darse mucho por dicho, que ahora no hay por qué decir mejor.

«Centremos todas nuestras actividades concordantes en una serena, pero vigorosa aspiración superadora de cultura: así de cultura universal, a la que hemos de contribuir con aportaciones propias y a la que debemos estar medularmente incorporados para aseguramiento de nuestro porvenir; como

de cultura hispánica, de esa cultura fuerte y fina que a nosotros nos ha sido dada para que sea el más bello ritmo en la sinfonía de la civilización. Trabajemos juntos por la cultura propia en el seno de la universal, y por captar de todas sus floraciones las más exquisitas esencias. Si lo hacemos tened por seguro que todo lo demás nos será dado».

La prensa madrileña, y después la provinciana de España,⁶ recogieron esas ideas y las señalaron con sus comentarios, casi unánimes en la aprobación. Ya en Cuba han sido leídos los más penetrantes y algún día habremos de recogerlos y reflejar algunos de sus matices, aun de los adversos, que fueron inspirados sólo por la incomprensión de la cultura contemporánea fuera del absolutismo confesional.⁷ Pero séanos permitido todavía leer unos párrafos que acaban de llegarnos, debido a uno de los escritores más fervorosos de la España joven, a Benjamín Jarnés.⁸

«Problema fundamental para los países de habla española. Fernando Ortiz —ilustre mensajero de la intelectualidad cubana— ha dicho recién-

⁶ Todos los diarios de Madrid y provincias dieron cuenta del acto y de las palabras del obsequiado, contestando a las benévolas de los Sres. Dres. Bauer, Bellesteros, Sainz Rodríguez y García Sanchis.

Reprodujeron el texto íntegro de lo manifestado por el Dr. Ortiz, *El Sol* y *La Voz* del día siguiente [N. de la edición referida].

⁷ La nota contraria a las ideas expuestas por el Dr. Fernando Ortiz la dio el diario *El Debate*, órgano madrileño de los elementos derechistas e intolerantes de España, en el editorial del día 20 de noviembre de 1928, que tituló *Un extraño concepto de cultura*. En ese editorial se atribuyen inexactamente al Dr. Ortiz muchos conceptos absurdos, contra los cuales se dieron fáciles y quijotescas lanzadas, como a molinos de viento. Pero... ¡cuán elocuente ese adjetivo: *extraño*, aplicado al concepto de cultura que es propio de la civilización contemporánea!

Pero también sea dicho aquí que en el mismo diario, aunque con firma descubierta de publicista tan preclaro como el Dr. D. Antonio Ballesteros, el brillante historiador español, se publicó el día 25 del mismo mes, un artículo, *Raza o Cultura*, en el que se acepta la tesis del Presidente de la Sociedad Económica de La Habana. El catedrático de la Universidad Central, Dr. Ballesteros, no extrañó la cultura moderna [N. de la edición referida].

⁸ Estos párrafos son de un artículo, *Raza, grillete*, publicado en la cubana *Revista de Avance*, 1929 y que reproduce la *Revista Bimestre Cubana* (enero-febrero de 1929, vol. XXIV, no. 1), a la vez que otros de conspicuos escritores referentes a las ideas expuestas por el Dr. Fernando Ortiz ante los intelectuales españoles, interpretando el pensamiento de los cubanos del día [N. de la edición referida].

temente en Madrid, estas sencillas palabras:

«—Cultura, no raza.

«Pudo asimismo decir:

«—Presente, no pasado. Propósitos, no recuerdos. Reactivos, no bálsamos. Aire libre, no cadenas. Vitalidad, no anquilosamiento. Pedir tales raíces es querer asegurar la futura robustez, la cierta exuberancia del árbol. Se ha llegado a la médula del problema. El llamado hispanoamericanismo está pues, de enhorabuena. Comienza a meditarse de él profundamente [...].

«El concepto de raza se nutre de cadáveres. Por eso, preferentemente lo defiende el hombre de las cavernas. El concepto de raza se nutre de materiales históricos casi siempre de derribo, no de sustancias vivas. Por eso lo defienden en primer término los que viven y se limitan a vivir, de lo heredado. Y en vez de negociar sus talentos, los entierran, plantan encima esas “flores naturales” de falsa poesía, regadas ampulosamente por la inagotable cretinidad.

«La raza está ahí, detrás de nosotros, sujetándonos al pie. Como nos lo sujetan todas las fuerzas oscuras de la vida. Ésta o la otra raza no puede ser para los pueblos una gloria común: “la raza es un grillete”. Remar juntos, haber remado juntos, en una galera, en una cuna, no puede conducir a nada que no sea embriagarse también juntos, al llegar a puerto. Lazos de sangre no atan inteligencias, las enturbian. Sólo aquéllos que desdeñan, que temen, el libre vuelo del pensamiento, recuerdan enternecidos la doméstica docilidad del corazón.

«Ni España ni la América de habla española, si pretenden vivir armónicamente la vida de la inteligencia, única posible entre ambas, se

pueden contentar con hincarse de hinojos ante un tálamo común, muy discutible, además, después de tanto injerto. Una cuna será todo lo sagrada que gusten los innumerables devotos de la desusada retórica “entrañable”, pero en nuestro lenguaje de hoy, tan leal como aséptico, una cuna es, sencillamente, una “estación”, la primera, en la sinuosa carretera vital. Es condenarse a prisión perpetua emocional, acumular ternura inútil sobre una cuna —símbolo de algo animal primitivo, donde el hombre y la bestia apenas se distinguen: Una cuna es al fin, un cubil mejor aderezado. Es condenarse a un sacrificio infecundo, amontonar cariños sobre algo tan eventual, tan poco voluntario y querido, como una cuna. Mejor es repartirlos entre todas las estaciones del trayecto vital, encauzarlos preferentemente hacia las futuras estaciones, que son estímulos, mientras las pasadas suelen no ser sino remordimientos, testimonios lamentables de nuestra endeble calidad de viajero [...].

«Entre América y España —¿por qué no ahincar bien en esto la atención? — sólo puede existir ya un “amor platónico”. Es decir, esencialmente comprensivo y alto. El instrumento de comprensión es refinado por la cultura en perpetua inquietud. Cultura es eso, no cierta capacidad de exhumación de registros civiles, no cierta sed pertinaz de seguir excavando. Agilidad para instalarse en el rico mundo espiritual de hoy, para atisbar el mundo de mañana, no para remedar a la mujer de Lot.

«Y la cuna —la raza— es cierta voz doliente que invita al retroceso. La cuna, como todo lo que despierta emociones tan impregnadas de animalidad, es la raíz de todas las incomprensiones, porque lo es de todos los partidarios, de todos los odios. Este concepto uterino del

hispanoamericanismo sólo puede ser aprovechado por el fosilizado cultivador de la España tradicional, por ese acartonado filisteo que lleva los ojos en la nuca [...].

«La raza -ha dicho Fernando Ortiz- es concepto estático, la cultura lo es dinámico. La raza es un hecho. La cultura, es, además, una fuerza.

«Exacto. La raza es un hecho. Y no hay por qué tender los brazos hacia un hecho, hacia la afirmación de un hecho. Creo más útil movilizar los ímpetus aprovechables de este resto de lo que pudiéramos llamar “emoción hispanoamericana” hacia la forja de hechos nuevos. Lo demás sería así como pasarnos la vida demostrando la autenticidad de nuestros apellidos. (Siempre creí que no podemos llamarnos verdaderamente cultos mientras nuestro primer impulso, al sentir nuestra existencia, no sea avergonzarnos de algún antepasado.) [...]

«Una cultura puede atraer; una raza no —añade Fernando Ortiz—. Esta es, creemos, la suprema razón. La raza limita, como todo lo que procede de la carne; la cultura ensancha el mundo del espíritu: único mundo capaz de contenernos juntos, a América y España».

Terminemos ya, pero sin congratularnos de poder continuar maldiciendo de los racismos perturbadores del amor humano, vanas fantasmagorías de egoísmo que cierran el paso a más nobles progresos. Y resuenen una vez más en este recinto las ideas de superación libertadora; aquí mismo, en esta Sociedad Económica, aquí donde se dieron tantas refriegas contra los prejuicios étnicos y las categorías de servidumbre y desprecio que todo racismo arrastra consigo por fuerza de su más íntima esencia, transida de soberbia diabólica.

Persistamos en comprender y estimar nuestras intimidades fraternas con España, como una necesidad republicana, halagüeña y fácil, para la más perfecta integración de todos los elementos constitutivos de nuestra nación y un más vigoroso y creciente robustecimiento de la personalidad propia, mediante la fuerza del idioma, que es de los más bellos, y de su contenido de cultura, que guarda para el porvenir opimas posibilidades.

Pero, precisamente por la persistencia de nuestro sentido de cubanismo tradicional, no cejemos en combatir todo lo que para nosotros tuvo de abominable el coloniaje, aun cuando lo viéramos reproducido en plena era republicana; que no por rebrotados en tierra de Cuba libre, dejan de ser execrables, como en tiempos de servidumbre colonial, el absolutismo, la intolerancia, el cohecho, el peculado y los males cívicos de la cacocracia, que los cubanos del ochocientos quisieron con su sacrificio borrar por siempre en Cuba, mediante la soberanía externa e interna de una democracia culta, animada por ese puro espíritu de libertad, que es alma de América, justifica su historia y debe asegurar los esplendores de su porvenir.

Ni consintamos implicaciones de insidia ni sugerencias denigrativas contra la cordial armonía del pueblo de Cuba con el norteamericano, que nos es vitalmente necesaria, consagrada ya por inolvidables realizaciones históricas y redentoras, y nos es impuesta por una tan biológica compenetración de intereses, que sólo puede ser perturbada por los egoísmos ilegítimos de malvados de aquende o de allende el estrecho, que por sobre los intereses de ambas naciones quieran de la explotación y angustias de sus pueblos hacer medro y granjería.

Cesen rencores y malquerencias contra los elementos y valores hispánicos

y norteamericanos, bórrense prevenciones racistas, y fuera de una xenofobia inculta y suicida, con la serena meditación de nuestras congojas y de sus causas, con la íntima contrición de las propias culpas y sincero ánimo de corregirlas, dispongamos todas nuestras voluntades a restaurar el vigor de la democracia cubana, por el libre juego de las fuerzas cívicas y políticas de los nativos y la colaboración cordial y abierta de todos los elementos que con nosotros conviven. Que esos espíritus de protervia, retorcidos como jagüeyes, del coloniaje para envilecernos y del imperialismo para subyugarlos, pueden ocultos ahondar sus raigambres en cavernas lejanas, pero nada serían sus asechanzas si no tuvieran en tierra nuestra, y alimentados con pasiones indígenas, su ramaje, sus bejucos trepadores y su ponzoñosa floración.

¡Por eso aquí brotan frutos de dolor!

He dicho.